

EDUARDO GALLARZA

El sencillo arte de desvanecerse



El sencillo arte de desvanecerse

COLECCIÓN
LITERADURA

Eduardo Gallarza

El sencillo arte de desvanecerse



Primera edición: mayo de 2015

© Eduardo Gallarza, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943769-4-8
Dep. Legal: M-13925-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Vanishing man*, © Nino Acinas (www.behance.net/nilobehan)

Producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El sencillo arte de desvanecerse

A mis padres

Fotos y letra impresa

*Photos and letterpress
were alike of an indescribable filth*

RAYMOND CHANDLER

—DE VERDAD, NO CREO poder serle de ninguna ayuda.

—Yo también soy profesor. Bueno, maestro de escuela. No quiero decir que sea lo mismo, claro. Ya sé que usted no me conoce, y no quiero causarle molestias, desde luego que no... Pero, en fin, apreciaría mucho que me ayudara, ya sabe lo que quiero decir.

En algún lugar lejano, detrás de las dobles ventanas, en el universo amplio, oscuro y hostil, la lluvia caía a raudales. El ruido de su tumultuoso viaje por los canalillos, de su obstinado crepitar sobre balcones y aceras, llegaba sordo y remoto, mezclado con los retazos de conversaciones y risas

que se escapaban de los salones, en un común murmullo que tímidamente turbaba el silencio de la biblioteca.

Pese a sus preocupaciones, y Dios sabe que eran grandes, Hogarth se sentía extrañamente a gusto, los pies hundidos en la espesa alfombra y los ojos adivinando en la penumbra millares de encuadernaciones, prietas filas hacia las vigas del techo altísimo. Hay algo que mis queridos colegas no han logrado quitarme, pensó: el sentirme feliz rodeado de libros. Me gustaría pasar aquí los días.

Hojeaba el catálogo que le había entregado el bibliotecario por encima de su pupitre. La biblioteca abundaba en ediciones españolas de finales del XIX. Hogarth encontró con agrado los títulos de algunos libros leídos años atrás y después vanamente buscados en bibliotecas de más renombre que aquella: la obra póstuma de Alejandro Sawa, *Iluminaciones en la sombra* —probablemente el libro de Sawa que mejor ha resistido el paso del tiempo—, y una breve novela de Silverio Lanza, *Ni en la vida ni en la muerte*, notable a sus ojos, entre otras razones, por incluir una asombrosa escena de necrofilia.

Hogarth apreciaba esa clase de autores, excéntricos y oscuros, rescatados gracias a biógrafos apenas menos raros, alusiones en novelas con clave, reseñas ditirámicas o injuriosas enterradas en las hemerotecas. En Inglaterra, Frederick Rolfe se beneficia de ediciones críticas en colecciones de

bolsillo, pero España, más rúcana con sus *raros*, da tan sólo para artículos en revistas literarias o para alguna edición parcial en editoriales minoritarias. Eso sí, no faltan en autores posteriores homenajes y saludos a la figura de los raros, que resaltan más que compensan el descuido de su obra. A fin de cuentas, siempre es más cómodo esgrimir como víctimas de la inopia cultural española a caballeros cuyos libros permanecen inaccesibles al público que ocuparse en publicarlos, situación de la que Hogarth solía felicitarse —al menos hasta unas semanas atrás— por el terreno virgen que ofrecía a un intrépido hispanista como él.

En verdad, Hogarth no sabía mucho de Sawa. Lo que contaban Cansinos Assens en *La novela de un literato* y Rubén Darío en su prólogo a las *Iluminaciones*: la figura de un orador altisonante que tras unos años de exilio por delito de imprenta —un exilio maravilloso en el París simbolista— volvió a Madrid a señorear los ambientes bohemios de greñas, chalina y ajenjo, hasta morir en la más absoluta miseria; en palabras de Valle-Inclán: loco, ciego y furioso.

Conocía un poco mejor a Silverio Lanza, el marino que acabó recluido en un caserón de Getafe, dedicado a cultivar ciencias que él mismo inventaba, y a desatar la ira de su prosa contra todo lo que de vulgar y de odioso tuviera la España de su tiempo, para admiración de Pío Baroja y de Ramón Gómez de la Serna.

La literatura finisecular española le interesaba especialmente; poetas como Manuel Paso o Fernando Fortún, cuya vida fugaz y parca obra constituían una —en su opinión— poco estudiada bisagra entre los vates decimonónicos, Campoamor o Núñez de Arce, y la gran renovación modernista. Poetas oscuros y malogrados: aquella noche Hogarth se sentía, como ellos, la noble víctima de un destino ensañado.

La conversación con el bibliotecario, que iba a recordar durante años, había empezado con frases insustanciales, hasta que la amarga sombra de aquellos raros planeara sobre ella. El bibliotecario no conocía los nombres ni de oídas, pero cortésmente mostró interés por el interés de Hogarth. Cuando supo que hablaba con un profesor, su voz adquirió una extraña pasión, adobada con exageradas muestras de respeto y una incomprensible insistencia en que Hogarth lo ayudara. Repitió:

—Usted puede ayudarme. Ya me entiende.

—No —respondió extrañado Hogarth—, no sé lo que quiere decir. No sé qué quiere usted de mí.

Encima del pupitre brillaba la gastada luz de una pequeña lámpara metálica. El rostro del bibliotecario aparecía redondo y pálido, inexpresivo. La voz, sin embargo, era áspera y encendida.

—Verá, quiero cambiar de trabajo. Usted es profesor, tal vez pueda darme alguna recomendación, me gustaría trabajar en un colegio. Después de todo, ese es mi oficio, y no

estar todo el santo día y parte de la noche encerrado en esta penumbra tragando polvo. Odio este lugar, créame.

—Pues yo estaba pensando que esta es una biblioteca francamente hermosa —volvió a mirar el catálogo— y rica. Estos no son libros que se encuentren en una librería.

—De todas formas, nadie los lee. Esto es un casino, los socios vienen aquí a cenar, a hacer tertulia o a jugar a las cartas.

—¿Y no vienen nunca a la biblioteca?

—Sí, pero no a leer esos libros.

—¿Cuáles, entonces?

El bibliotecario torció el gesto y cambió de tema.

—No tiene nada de agradable ser bibliotecario aquí. Soy un empleado más. No me consideran mucho. La sala de billar está ahí al lado. Cuando los socios vienen a jugar, si no están los ordenanzas, me toca a mí prepararles los tacos y contar los puntos. No es que me importe, así me olvido de la biblioteca durante un rato. —Repitió con un suspiro—: Odio este lugar.

Hogarth pensó entonces: De buena gana ocuparía yo el puesto. ¿Cuánto puede ganar el bibliotecario de un casino en Madrid? No mucho, pero no es un trabajo para herniarse. Estaría sentado bajo la lámpara, me dejarían en paz y me dedicaría a escribir. Aunque, claro, no iba a contar los puntos del billar.

Había llegado demasiado tarde a la recepción, o tal vez demasiado pronto. Salones amplios y antiguos, algunos buenos lienzos de Villegas Cordero y de Anglada Camarasa, un busto de Alfonso XIII, que fue socio de honor del casino, la inevitable placa de mármol con la lista de los caídos en la gloriosa cruzada, y una brillante concurrencia entre la cual se encontraba completamente perdido. Estaba allí por un asunto importante: si había aceptado la invitación era con la esperanza de ser presentado a ciertas personas que... Bueno, no sabía muy bien lo que podía esperar de ellas. Llevaba tres semanas dando palos de ciego, hubiera acogido con júbilo cualquier signo, aun mínimo, de un cambio de fortuna. Pero no había podido siquiera encontrar a Castresana, el antiguo compañero de colegio que lo había invitado. Finalmente, refugiado en la biblioteca, había encontrado, como el sabio de la fábula, más pobre y triste que él.

—Claro que a usted todo esto le suena a chino. Usted es un profesor.

¡Y dale!... Hogarth pensó marcharse, pero la idea de volver a deambular sin rumbo entre los invitados resultaba ardua de encarar. La posibilidad, por infinitamente remota que fuera, de que alguno de ellos conociera su desgracia bastaba para indisponerlo. Era un sentimiento compulsivo, rebelde a cualquier atisbo de razón —un miedo físico a ser descubierto, a sorprender en las miradas ajenas el conocimiento de su

vergüenza académica—. En Exeter, mientras se debatía sin mucho tiento entre sospechas y certidumbres, esas miradas lo acompañaban fieles, goteando compasión, mofa o un desprecio cada vez más evidente. Hogarth acabó por no pisar la calle, en aquellos interminables días.

—Pues se equivoca, se equivoca de medio a medio si cree que por ser profesor puedo ayudarlo. De hecho yo ya no soy profesor. Hoy por hoy, no sabría decirle lo que soy.

Sintió algo parecido al alivio después de hablar. Es curioso, pensó, cómo el tiempo borra las heridas. Hace apenas un mes no habría podido, ni queriendo, reconocer la pérdida del puesto. Ya vendrán días en los que mi desventura me será tan ajena como la peripecia de alguna novela medio olvidada. Suspiró: días todavía lejanos... Pero por mucho tiempo que pase, seguirá siendo una flagrante, hiriente, inaceptable injusticia. Yo no he tenido culpa de nada —de nada—. Llevaba meses repitiéndose esa frase, tanto por convencerse a sí mismo como por convencer a los que lo acusaban. Acabó por hacer de ella una piedra de toque, un asidero para contrariar las apariencias, del todo engañosas, y la maledicencia del claustro. Había cometido un desliz, una indiscreción, un error, ciertamente —pero otro aún mayor al atrincherarse detrás de esa negación dogmática—. Tenía por lo pronto la culpa de no haber sabido defenderse, de haberse expuesto a las acusaciones temerariamente, de no haber sabido exponer

la falta de malicia que había presidido sus actos, para acabar dando la razón a todos con su huida.

Su historia, atajando detalles, era la de un prometedor y petulante profesor de Literatura Española que, por las noches, preparaba un libro destinado a hacer época y proporcionarle la gloria. El tema no era inédito, pero su tratamiento, original y riguroso. Otro profesor trabajaba sobre un tema afín, y por la mayor de las casualidades, Hogarth tuvo acceso a su documentación privada. Sin ánimo de plagio, por mera curiosidad, cometió la ligereza de copiar algunos datos —y fue descubierto—. A menos de haber asaltado sexualmente a un alumno, no habría podido cometer crimen más atroz. Si hubiera aceptado los cargos y renunciado a su libro, tal vez el asunto no habría tenido más consecuencia que un sermón del decano sobre la ética en la investigación. Pero, muy al contrario, Hogarth se encerró en una tozuda defensa que lo dejó justamente indefenso.

Desde la mañana en la que el director de su departamento lo convocó a su despacho y, con aire preocupado, cerró la puerta en cuanto hubo entrado, hasta los días envenenados en los que el asunto se hizo público, Hogarth asistió inerme a una pesadilla, lógica y a la vez absurda, como suelen ser los sueños. Su desgracia podía tener consecuencias tan sumamente gravosas que por ello mismo parecía irreal. sencillamente, Hogarth corría serios riesgos de no poder enseñar

nunca más en ninguna universidad británica, y aquello le era inconcebible, porque amaba su trabajo hasta el extremo de no imaginar otro y porque, como tantos mortales, necesitaba mantener a su familia.

La cosa no podía ir con él —él no tenía culpa en todo aquello—; el sentimiento de irrealidad, de asistir sin participar a una especie de tragedia lo embargaba cada mañana al despertarse. No lograba aceptar la razón del ostracismo al que día a día sus colegas y conocidos le condenaban. Acabó enjaulado en su casa por querer ignorar lo que todos se empeñaban en dejar patente. Cuando el viejo Jerry Cockcroft, profesor de Griego y cínico confeso, fue a comunicarle que su expulsión del claustro sólo podía ser cuestión de tiempo, la realidad lo abofeteó por fin. Cockcroft era el único entre los amigos de Hogarth cuyo afecto pareciera permanecer intacto, sin duda por ser el único miembro del cuerpo docente que no se postrara ante el ídolo de la ética. La expulsión era el fin de Hogarth pero, más que sus palabras, fue el adivinar por su expresión que Cockcroft también lo creía culpable, aunque el delito le pareciera trivial, lo que acabó por desarticularlo. Esa misma noche decidió escapar y concibió el proyecto de buscar trabajo como profesor de Inglés, o de lo que fuera, en un colegio en España. Fue una decisión repentina, de las que parecen iluminar los panoramas más desoladores. En Madrid había vivido de niño, había dejado conocidos

que tal vez pudieran ayudarlo y que ignoraban su caída en desgracia.

Y el viaje, si no muy productivo hasta entonces, probó tener un valor terapéutico. Aquella noche Paul Hogarth recobró la lucidez necesaria para encarar su historia y contársela a un desconocido.

Había acabado de hablar cuando entró en el círculo de luz de la lámpara un tercer hombre. Pese a la hora tardía, Hogarth supuso que se trataba de un lector de la biblioteca. El recién llegado se limitó a saludar brevemente al bibliotecario y a entregarle un papel doblado:

—Me prepara esto, por favor.

—Como usted mande.

El hombre echó una mirada extrañada a Hogarth, masculó una despedida y los dejó solos. El bibliotecario suspiró, depositó el papel sobre su pupitre y reanudó la conversación:

—Así que lo han despedido y está buscando trabajo. —Por el tono no parecía haber entendido del todo la confesión de Hogarth, ni su carga dramática—. Usted es universitario, no le costará mucho colocarse. Pero quizá no le convenga precipitarse. No hay nada, pero nada, peor que tener que hacer un trabajo que no le guste a uno.

—¿Precipitarme? Qué remedio me queda... Siempre he andado falto de dinero, incluso cuando cobraba. Así que ahora, imagínese... Este viaje me pareció la solución ideal,

aunque ahora tengo mis dudas. Pero lo terrible es que sigo sin ver otra. Llevo tres semanas en Madrid. Ya sé que esto no es llegar y besar el santo, no es tan fácil para un extranjero trabajar en España, aunque hable castellano y conozca el país. Pero tengo que encontrar algo, lo que sea, ahora. —Y añadió unas palabras, sin sospechar su importancia—: Si se presentara, me quedaría con el puesto de usted sin pensarlo dos veces.

La risa del bibliotecario estalló de repente, enorme, chillante:

—¡Esta sí que es buena! ¡Sin pensarlo dos veces! Pues piénselo siete, doce, ¡cien veces! Métase a barrendero, a guardia urbano, a legionario, pero no a... —Se interrumpió, recobrando algo de calma—: Perdóneme, perdóneme, no quiero ofenderlo, pero no sabe usted lo que dice.

Este hombre está loco, pensó Hogarth.

—Soy yo el que se disculpa —dijo conciliador—, sin duda he dicho algo ridículo. Pero explíqueme qué.

El otro volvió a reír.

—Este no es trabajo para usted, ni para nadie. Sólo para un pobre diablo como yo. Yo también tenía prisa por trabajar, sabe, yo también pensaba: lo que me salga, no están las cosas como para andar eligiendo. Pues fue el error de mi vida, señor mío. —Sacudió la cabeza—: Cuando acepté este puesto estaba metido en un lío parecido al suyo, en

el sentido de que también había un robo de papeles por medio. Pero un robo de verdad. ¿Ha oído usted hablar de Torres Saliuste?

—¿El político?

—No, un hermano suyo que era militar. Escribía libros de viajes, pensé que le sonaría el nombre. Bueno, el caso es que hace veinte años yo era maestro en un pueblo de Extremadura, adonde Torres solía ir a cazar. Torres era amigo del párroco, un anciano que tenía fama de erudito. Guardaba en la rectoría un montón de papeles viejos, y entre ellos las Memorias de un indiano de la comarca. Resulta que Torres estaba interesadísimo en esos papeles, pero el párroco no quería dárselos. Yo era muy joven entonces, y bastante estúpido. Ya sabe, quería irme del pueblo, y todo eso. Torres me convenció y lo ayudé a robar los papeles. A cambio, me contrató de secretario y me trajo a Madrid. Estuvo unos meses descifrando sus legajos, y finalmente decidió irse a América. Habíamos convenido que yo me reuniría con él pasado un tiempo. Estuve esperando a que me escribiera o me llamara, pero no lo hizo. No volví a tener noticias suyas. Ni yo ni nadie: se lo tragó la tierra, así como suena. Era un hombre conocido y su desaparición levantó un buen revuelo. Yo mismo había sacado su billete para Caracas y, según se supo, hasta allí había llegado. También se supo que salió de Caracas rumbo a Mérida, una ciudad de la sierra. Pero nadie sabe si llegó a

Mérida o adónde fue después o qué pasó con él. La policía de Venezuela hizo pesquisas durante un tiempo, sin ningún resultado.

—¿Y no se sabe qué era lo que buscaba?

—El único que tal vez lo supiera era el viejo párroco, pero yo, desde luego, no iba a volver al pueblo a preguntárselo. Al mes de desaparecer Torres, le conté a su hermano la historia de las Memorias robadas. Me parece que él sí fue a ver al párroco, pero no debió de sacar nada en claro. Las cosas se quedaron como estaban, y yo, colgado de la brocha. El hermano de Torres, por no dejarme tirado, me colocó aquí de bibliotecario. Flaco favor me hizo, pero como un necio lo acepté. Y aquí me tiene, con mi juventud desperdiciada y deseando irme.

Era la noche de las confesiones. Ahora le tocaba a Hogarth no entender la razón de tanta desesperación. ¿Qué tenía de malo ser bibliotecario? El otro soltó un suspiro de tren de vapor:

—Es que esta no es una biblioteca corriente. Verá...

—Miraba pensativo el papel que le había dejado el socio unos minutos antes—. ¿Quiere usted ver la clase de libros que suelen leerse aquí?

Oprimió un botón en la pared alumbrando la galería superior de la biblioteca. Hogarth lo vio ascender por una escalerilla metálica y coger dos tomos. Empezaba a sospechar

lo que iba a ver, y no se equivocaba. Eran dos volúmenes *in-cuarto*, excelentemente encuadernados en tela. El papel era grueso y suave, la tipografía, perfecta. Las páginas iban ilustradas con fotografías en huecograbado, cuya calidad de reproducción Hogarth muy rara vez había visto igualada. Los dos libros trataban el mismo tema, de forma exagerada y asombrosamente explícita.

El bibliotecario no ocultaba su amarga satisfacción.

—No me cabe duda de que trabajo en la biblioteca más sorprendente de España. ¿A que no esperaba nada parecido?

Hogarth tardó en responder, lo hizo con la voz ligeramente alterada:

—¿Y tiene muchos libros así?

—Varios miles. En realidad aquí hay dos bibliotecas. Una con libros normales, no muy numerosos, pero curiosos, como esos que me comentaba usted, que sirven de tapadera a la otra, la de verdad. Esta.

Señaló los dos libros.

—¿Y la gente lo sabe?

—Lo saben los socios, aunque no todos. Digamos que quienes lo saben forman un club dentro del club. Una minoría selecta, una sociedad secreta.

La presencia de los libros abiertos sobre el pupitre tenía algo de absurdo más que de obsceno —objetos aparecidos por encanto, como aquellos que los médiums conjuran en

cuartos herméticos—. Hogarth sintió su intrusión como un insulto, una herida más de un destino decididamente aciago.

Lo más irónico era la calidad, la belleza de los libros —opuesta a la rotunda depravación del texto—. Hogarth no era precisamente un mojigato, pero dos párrafos leídos bastaron para hacerle levantar la vista y tragar saliva. Había imaginación en aquello, y dominio del léxico —un esfuerzo patente por elegir las palabras más brutalmente, más minuciosamente exactas—. Las fotos revelaban un trabajo aún más importante: iluminación, decorado, puesta en escena, eran igualmente perfectos en su evocación. Hogarth tuvo un razonamiento curioso: ¿para qué tantas fotos y tan buenas, si con el texto basta para sugerir más de lo que cualquier mente pueda concebir? Y si se han tomado el trabajo de ambientarlas tan bien, ¿por qué privarlas del movimiento? Inocentemente preguntó:

—¿Y no tiene películas?

—¿Qué pasa, no le bastan los libros?

—No, no... —se apresuró a decir Hogarth—. Perdone, es que estoy tan sorprendido...

—Pues hágase cargo. Yo llevo veinte años viviendo entre esta basura.

El bibliotecario recogió bruscamente los dos tomos y los introdujo en una bolsa de cartón de aspecto anodino que selló con una grapa metálica. Escribió un número en

un ángulo de la bolsa y la depositó en la boca de un montacargas, comentando:

—Esta es mi pequeña aportación a la sociedad secreta. Los socios vienen a elegir los libros y los recogen en el guardarropa con su abrigo. Se me ocurrió a mí lo del montacargas. Ingenioso, ¿verdad?

Hogarth no respondió. Lo que más le intrigaba era el colosal esfuerzo que representaba el haber reunido aquella cantidad de libros. La mayor biblioteca monográfica de la que tuviera conocimiento. Imaginaba a los socios, respetables y burgueses, eligiendo sus libros, tal vez comentando entre ellos sus preferencias, y después recogiendo sus discretas bolsas de cartón en el guardarropa. La vida de un hombre no bastaba para agotar los fondos de la biblioteca, había allí lectura para generaciones. ¿Cómo se renovaban los socios? Por cooptación, probablemente, con votaciones de bolas blancas y negras, tras cuidadoso examen de las candidaturas y con solemnes juramentos de secreto y fidelidad.

Las bibliotecas habían sido siempre lugares privilegiados en la vida de Hogarth. El malestar casi físico que lo había asaltado unos minutos antes desapareció con la bolsa de cartón en el montacargas, y su mente estudiosa lo llevaba ya por extraños derroteros. ¿Cómo podría catalogarse mejor una biblioteca así? De entrada, cualquier orden alfabético, por autores o por títulos, parecía descartable:

probablemente la mayoría de las obras fueran anónimas, y sus títulos, poco significativos. Un enfoque cronológico presentaría mayor interés. Hogarth se hallaba ante un campo de la literatura que le era completamente nuevo, pero sin duda susceptible de un estudio histórico. Los libros se ordenarían por épocas, se señalarían las obras clásicas y las renovadoras, la sucesión de las escuelas y sus paradigmas.

También sería válido un enfoque temático. ¿En qué subgrupo de la clasificación decimal de Dewey podría integrarse el corpus de la biblioteca? La mirada de Hogarth se perdía por los anaqueles.

—Muchas veces —oyó decir al bibliotecario—, he sentido vergüenza de mí mismo. No tanto por el trabajo que hago, sino por no tener el coraje de dejarlo. Al principio tenía razones para quedarme, por lo del robo, y además porque tenía la idea de que Torres no había muerto y de que algún día volvería. Nunca he sido un aventurero, pero he soñado con serlo, con irme yo también a un sitio nuevo. Pero ya ve, en cambio he ido incrustándome en este pupitre y en este trabajo...

El bibliotecario habría seguido hablando, habría tratado de explicar lo que él mismo no se explicaba del todo, las razones que habían hecho de aquel día un día de confesiones y de secretos desvelados, pero Hogarth especulaba con catalogar la biblioteca por el sistema de Ranganathan, dividiéndola según

cinco categorías de conceptos —personalidad, materia, energía, espacio y tiempo—, y, francamente, había perdido el hilo. El bibliotecario, engañado por su sonrisa embelesada, acabó por enojarse:

—Nada, hombre, si tanto le interesa esta clase de libros, ya lo apadrinaré algún socio. ¡Bienvenido al club de lectores!

El final de la velada iba a ser también el de los problemas de Hogarth. De vuelta en los salones, los encontró medio vacíos, mientras los invitados hacían cola ante el guardarropa.

—¡Hombre, Paul! ¿Dónde te habías metido?

Castresana, antiguo compañero de Hogarth y su anfitrión aquella noche, le estrechó efusivamente la mano.

—Pero ¿dónde estabas? No te he visto en toda la noche.

—Perdona, chico, pero cuando llegué no te encontré, me metí en la biblioteca y...

—... y te olvidaste de todo lo demás. Sigues siendo el mismo.

Hogarth se disculpó riendo:

—Es que tenéis una biblioteca como para olvidarse del mundo.

—Bueno, ya te sacaré los libros que te interesen. Para mi vergüenza te diré que no he pisado la biblioteca desde que me hice socio. Pero ven, que te presente.